

AL REENCUENTRO DE BOLIVAR

ARTURO USLAR PIETRI

**Escritor y Novelista venezolano
conocido internacionalmente
autor de varios libros**

Hora cenital de recogimiento y reflexión es ésta para todo hijo de Venezuela. Hace 150 años cerró los ojos a la vida y desapareció de entre nosotros Simón Bolívar hoy, ayer y mañana, el más grande de los venezolanos, el que más nos ha dado, el que más alto nos puso el honor de servir y el que, con su muda presencia constante, nos impone y nos reclama el deber de no ser pequeños.

La hora que rememoramos es profundamente dolorosa y aleccionadora. Bolívar concluye en un trágico crepúsculo que ilumina y proyecta todo el mundo hispanoamericano y su destino. Como en los héroes griegos, es la fatalidad misma su misión la que lo condena al terrible *fatum* que se cumple, con tan conmovedora desnudez, en la agonía solitaria de San Pedro Alejandrino. Lo que allí se apaga y termina es más que la vida de un hombre excepcional, es el más visionario empeño de darle a todo un continente una nueva dimensión histórica y llevar a la conciencia de millones de hombres dispersos en la más vasta geografía una nueva dignidad para asumir un rango mundial sin precedentes y convertirse, en promesa y en acto, en "la esperanza del universo".

Ese lento viaje que lo lleva desde la madrugada de nieblas de Bogotá hasta el mediodía de San Pedro, debió ser para él como la reviviscencia de toda su prodigiosa hazaña. Acababa de renunciar, por última y definitiva vez, a la jefatura de aquel inmenso Estado que había sido la obra de su lucha de guerrero y de su visión de político. Al Congreso Constituyente, que ha convocado para que decida finalmente sobre lo que ha de ser el futuro de aquella Colombia que él había sacado de la nada, le ha dicho con serenidad y amargura las duras verdades de su experiencia. "Ardua y grande es la obra de constituir un pueblo que sale de la opresión por medio de la anarquía y de la guerra civil, sin estar preparado previamente para recibir la saludable reforma a que aspiraba". Se le ha hecho insoportable oír el eco de la calumnia y de la pasión que lo acusa de todas las peores intenciones. "Libradme, os ruego, de baldón que me espera si continúo actuando en un destino que nunca podría alejar de mí el vituperio de la ambición". Están allí, congregados para oírlo en aquel momento solemne, los representantes de la dilatada organización política que se resquebraja y amenaza ruina. Sería un milagro que pudiera salvarse.

El no puede engañarse, ha vivido prometeicamente el inacabable tormento de aquella resistencia sorda que tiende a la fragmentación y a la lugareña pequeñez de las ambiciones ciegas. ¿Qué va a quedar de toda aquella incomparable creación? Venezuela se ha separado definitivamente y no sólo repudia su obra, sino que lo proscribiera a él mismo, lo denigra y lo persigue. Acaba de regresar de Guayaquil, donde ha tenido que combatir nuevamente, en la fatiga y la desesperanza, para rechazar el zarpazo de las fuerzas del General Lamar. El Ecuador se agita en procura de su autonomía. En Santa Fe se reúnen los enemigos declarados y solapados de su obra y de su autoridad. Allí, en la Presidencia del Congreso, como la personificación de la más irrenunciable esperanza, está aquel hombre sereno y seguro, envuelto en el resplandor inextinguible de la victoria de Ayacucho, que es Antonio José de Sucre. Todo conspira para destruir el gigantesco empeño. ¿Qué se ha logrado con tan tenaz heroísmo y tan vasta proyección de futuro? El mismo

lo dice a los representantes perplejos con la más desgarrada sinceridad. "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás".

Ha entregado el mando supremo y ha salido de Bogotá casi como un fugitivo. Pocos fieles amigos vienen a acompañarlo. Está envejecido y enfermo. Atraviesa la sabana. Cada paso, cada recodo, es una evocación viva del pasado. Ahora se aleja en dirección contraria a la que traía cuando se adelantó a las tropas victoriosas en Boyacá. Todo entonces era futuro y posibilidad plenaria. Entonces iba a volver sobre Venezuela con los nuevos recursos para sellar la independencia. Pero no se iba a detener allí. El sueño concebido en Angostura iba mucho más allá de la unión de Venezuela con la Nueva Granada. Había que marchar al Sur para incorporar al Ecuador, decidir la independencia del Perú y consolidar la nueva organización de toda la América libre. Ahora baja por las ásperas trochas hacia el Magdalena, de regreso del inmenso sueño.

Se dirige a Cartagena. De allí había arrancado la parábola incomparable de su destino, dieciocho años antes. En las márgenes del gran río soñoliento había ocurrido la epifanía de su espada victoriosa. Cada pueblo de la orilla, cada barranca, recordaban un combate y una victoria. Remontaba entonces hacia Bogotá a servir con desesperación la amenazada posibilidad de salvar la independencia. En los ojos aletargados de fiebre debieron reencenderse los rayos de luz del joven brigadier que todo lo tenía que ganar del mañana.

Aquellos hombres respetuosos y cohibidos que se acercan a saludarlo en los pueblos del trayecto reflejan, en su muda expresión, la triste realidad de aquel momento. El hombre agobiado que despiden es el Padre de la Patria, el Presidente de Colombia, el general que ha llevado las banderas de la Libertad de América hasta la cumbre del Potosí, el Libertador. Presenciaban, sin comprender ni realizar aquel hecho inconcebible. El Libertador se iba. Ya no estaría más a la cabeza de los pueblos que libertó, ya no se contaría más ni con voz, ni con su espada, ni con su sobrehumano prestigio para encarar las dificultades y asegurar el rumbo. ¿Qué iba a ser de ellos?

¿Para dónde iría el Libertador? ¿A dónde podría refugiarse u ocultarse sin que siguiera siendo el héroe fundador de un mundo, el genio iluminado de millones de hombres, la figura fundadora de la idea de Patria, la mano sembradora de la independencia, aquel ser asombroso que se llamaba Bolívar como hubiera podido llamarse Libertad? a donde fuera iría con él su gloria, su renombre, su incontrastable autoridad. En el último rincón de la tierra seguiría siendo el Libertador y su voz, y hasta su silencio, alcanzarían las multitudes huérfanas de su presencia. ¿Dónde iría que no fueran con él la gloria y el destino de su América?

Tan sólo él pensaba, en la hora final de expolio, que podía irse. Llegaría al Caribe, ya no en busca de apoyo para continuar la lucha en Jamaica y en Haití, ya no para ir de joven aventurero a Francia, sino para perderse lejos, al otro lado

del Atlántico, a olvidar y a que lo olvidaran. Empresa ilusoria que nunca hubiera podido cumplirse. Donde estuviera Bolívar iba a estar América.

Para la gente modesta que se acerca nada ha cambiado. Tal vez el aspecto envejecido prematuramente y la lentitud de los movimientos. Ya no era aquel resplandor de llama que abrasaba y conmovía. Pero para ellos era el mismo hombre, el de la palabra iluminada, el de la visión grandiosa, el que sabía levantarlos y darles fe, el que podía transformarlos en soldados heroicos de la libertad y llevarlos al través de medio continente, en un sobrehumano vuelo de cóndores. Que hablara y que ordenara, no necesitaba sino mover los labios, y cada uno de ellos se sentiría capaz de hacer prodigios, como en la cuesta de Boyacá, en el mediodía de Carabobo, en la silenciosa carga de Junín, en el alba de Ayacucho o con aquellas otras palabras dichas en Angostura o en el palacio de los virreyes en Bogotá y en Lima, que les arrebatában tres siglos de servidumbre para hacerlos ciudadanos de una nueva Patria y actores de una nueva historia.

Ha dicho las más dolorosas palabras llenas de desengaño y pesadumbre sobre aquella "América, tan desgraciada y tan trabajosa".

La primera en apartarse, y la que lo hiere en lo más profundo, es su nativa Venezuela, después van a seguir, en sucesión fatal, las otras partes. Se conspira contra él con todos los pretextos, el tamaño gigante de su empresa no es para los más de aquellos hombres torpes sino la revelación de una sobrehumana ambición de poder. Los demagogos, los rábulas lugareños lo niegan y lo insultan. Es un ambicioso que aspira a coronarse rey, es un tirano soberbio que quiere aplastar sus libertades y sus derechos feudales a la comarca nativa, al dominio parroquial y a regodearse en el separatismo y la pequeñez, con invocaciones de la jerigonza leguleya.

Siente el cansancio y el asco de aquel combate sin tregua contra los liliputien-ses. En las Asambleas corre el licor barato de la demagogía. Hablan de imposibles libertades los que nunca hicieron nada para obtenerlas, invocan la independencia y la soberanía los que no osaron alzar la voz contra el inveterado despotismo colonial. Lo acusan de todos los males y le niegan todas las virtudes. Ponen en duda su desprendimiento, su grandeza, su amor a la gloria. No hubo negación ni bajeza que le ahorraran. Tal vez llegó a encontrar preferibles los puñales parricidas alzados contra su pecho en la noche de septiembre, que aquellas cobardes y torcidas infamias, aquellas traiciones sin riesgo, aquellas negaciones de quienes todo se lo debían.

A poco de estar en Cartagena le llega la increíble noticia del asesinato de Sucre. No podía atreverse a más el crimen. Habían matado la posibilidad misma de que Colombia pudiera sobrevivir. Sabían bien los asesinos emboscados que no había otro hombre, sino el Mariscal, que pudiera recoger con autoridad moral y poder político y militar la continuidad de aquella inmensa empresa de unidad continental. Otros destruían diariamente todo lo que había realizado en el pasado, estos oscuros agavillados de Berruecos, habían matado lo que podía hacerse para el mañana.

Los desconocimientos, los ataques de sus enemigos envalentonados, llegan hasta él como el eco de una feroz jauría. Sus enemigos convertidos en Gobierno se atreven a alzar la cabeza triunfante para execrarlo.

El nuevo Ministro de Gobierno llega hasta la repugnante crueldad de transmitirle la nota infame que el Presidente del Congreso de Venezuela ha enviado al de Bogotá, "porque el Excelentísimo Señor Presidente de la República, embarazado con el contenido de dicha comunicación y en la duda acerca del partido que deba adoptar" ha resuelto remitírsela. Están allí estampadas aquellas frases que constituyen un baldón para los venezolanos que osaron escribirlas sin trepidar. Se pone como condición para cualquier entendimiento entre los nuevos Estados que el Libertador sea arrojado del territorio colombiano. Estas frases deben quedar como una marca de afrenta y como una lección inolvidable sobre nuestra conciencia de nación. Se escribió allí, y debemos beber hasta la hez esa copa de amargura, que se le impuso al Padre de la Patria: "Venezuela, a quien una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, que ve en el General Simón Bolívar el origen de ellos y que tiembla todavía al considerar el riesgo que ha corrido de ser para siempre su patrimonio, protesta que no tendrán aquellos lugar mientras éste permanezca en el territorio de Colombia, declarándolo así el soberano Congreso en sesión del día 28".

Más duros que las rocas de las fortalezas de Cartagena, que habían sido tantas veces testigos mudos de su heroísmo, resultaban aquellos corazones enceguecidos de pasión parricida.

Bolívar tenía decidido, desde su salida de Bogotá, irse al extranjero. No lo había detenido en esos ingratos días sino la falta de recursos. El Congreso de Bogotá le había ratificado la pensión que años antes le había sido acordada, pero él confiaba en que pudiera ser pagada con regularidad. De su cuantiosa fortuna ya no le quedaban sino unos contestados derechos sobre las Minas de Aroa, cuya tramitación de venta se hacía dificultosa y lenta por la mala voluntad de los gobernantes. Había pensado ir a aguardar la resolución de estos asuntos a Curazao o a Jamaica, donde podría hallar la acogida afectuosa y el respeto de sus viejos amigos.

Pero ahora, con la incalificable decisión del Congreso de Valencia y la actitud del Gobierno de Bogotá, su situación cambiaba moralmente. Ya no era el hombre poderoso que abandonaba el mando y se retiraba a un refugio extranjero, sino un proscrito, un desterrado, un hombre sin hogar a quien su patria arrojaba de su seno.

Dirá poco después la expresión cabal de su profunda herida: "Yo creo todo perdido para siempre y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades. . . Hay más aún: los tiranos de mi país se lo han quitado, así yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio".

Todo aquello, bien lo sabía él, era el fruto de una lucha de facciones en la que se mezclaban ideologías, apetitos y feroces ambiciones. En toda la desvaída ex-

tensión de aquella inmensa estructura política, que él había querido formar, había poderosas fuerzas dispuestas a seguirlo. El era el Libertador y su solo nombre podía hacer milagros. De todas partes le llegaban incitaciones y ofrecimientos para que a la cabeza de los suyos detuviera el desastre y reinstaurara a Colombia. Pero él conocía el horrible precio de una acción semejante. Posiblemente la guerra civil, la vuelta a la lucha armada contra los hermanos malquerientes, la necesidad de recurrir a la fuerza para imponer el orden y la inevitable consecuencia de convertirse en lo que nunca quiso ser, el jefe armado de un partido a quien sus enemigos señalarían como el destructor de la libertad y de la ley.

No era eso lo que él había querido. Mientras el mal progresa con rapidez mortal en su organismo, crece su oposición a encabezar un movimiento de reivindicación de su obra y de su autoridad. Sus hombres más fieles, sus viejos compañeros de armas, los que lo han seguido sin tregua en los combates de la paz y de la guerra, vienen a suplicarle que diga una sola palabra para barrer con los enemigos y restablecer la situación. Responde negativamente. Cuando más tarde la impaciencia y la indignación se transforman en pronunciamientos de ciudades y en insurrecciones militares, llega el momento de su mayor tormento y aflicción. Negar su ayuda a los suyos, dejar el campo libre a los enemigos que se empeñan en destruir su obra, permitir que se consume la ruina del gran sueño de unidad. No le piden sino una palabra, un gesto, una declaración de apoyo. Pero él se niega, no quiere arrastrar su gloria a la lucha mezquina de las facciones. El no puede hacer eso.

Cuando ocurre el pronunciamiento de Bogotá y aparece Urdaneta a la cabeza del gobierno provisional, escribe a Estanislao Vergara: "Yo compadezco al General Urdaneta, a usted y a todos mis amigos que se ven comprometidos sin esperanza de salir bien, pues nunca debieron ustedes contar conmigo para nada después de haber salido del mando y que había visto tantos desengaños. A nadie le consta más que a usted mi repugnancia a servir y la buena fe con que insté por mi separación. Desde aquel momento he tenido mil motivos para aprobar mi resolución; de consiguiente, sería absurdo de mi parte volverme a comprometer. Añadiré a usted una palabra más para aclarar esta cuestión. Todas mis razones se fundan en una: **no espero salud para la patria**. Este sentimiento, o más bien esta convicción interior ahoga mis deseos y me arrastra a la más cruel desesperación. **Yo creo que todo está perdido para siempre**, y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades. Si no hubiera más que un sacrificio que hacer y que éste fuera el de mi vida, o el de mi felicidad o el de mi honor. . . créame usted, no titubearía. Pero estoy convencido que este sacrificio sería inútil, porque nada puede un pobre hombre contra un mundo entero; y porque soy incapaz de hacer la felicidad de mi país me niego a mandarlo".

El rápido desenlace de la enfermedad va a acortar piadosamente la insoportable agonía moral. Ya no se embarcará para aquel imposible viaje. Lo que viene ahora son los días conmovedores del traslado a Santa Marta y de la llegada a la Quinta de San Pedro, el testamento y la última proclama, que son su declaración ejemplar de pobreza y su clamor de condenado en favor del entendimiento y la unidad. La brisa que llega del mar y de los lejanos montes de la geografía de su gloria, lleva

las palabras del delirio del moribundo: "¡Vámonos! ¡Vámonos! Esta gente no nos quiere en esta tierra". Hasta aquel minuto de abismo en que el bondadoso doctor Reverend llama al pequeño grupo que aguarda: "Señores, si quereis presenciar los últimos momentos y postrer aliento del Libertador, ya es tiempo".

Sacudidos hasta el fondo de sus fibras, aquellos hombres curtidos en guerras y enfrentamientos presenciaron sobrecogidos el suceso cósmico de ver apagarse, ante sus ojos llorosos, el mayor fuego de humanidad que haya iluminado al mundo americano.

¿Termina allí Bolívar, en aquel desamparo, para no dejar sino el desconsolado ejemplo de un sacrificio sin eco? ¿Va a quedar reducido a una leyenda casi inaccesible, casi milagrosa, buena para ser invocada en horas de exaltación o de abatimiento? ¿Va a transformarse solamente en un mito fundador al que podemos invocar desde lo profundo de nuestra pequeñez y ceguedad para darle a nuestras mezquinidades un vago resplandor de grandeza? Todo nuestro siglo XIX parece confirmar, lamentablemente, este despegue e incomprensión. Tardamos doce años en traer sus restos a Caracas porque todavía seguían encrespadas las viejas pasiones. Lo vimos invocar irrisoriamente en la bandera turbia de las asonadas y en la retórica hueca de los facciosos. No tenía el derecho moral de invocarlo aquella gente hundida en la anarquía, sin concepto de la nacionalidad, incapaces de organizarse, agentes torpes de la pobreza, el atraso y la destrucción.

De vez en cuando, con miras de mezquino aprovechamiento político, se le rendía algún homenaje externo que no iba más allá de la estatua, al desfile y el discurso pomposo. Era un culto supersticioso y vacío que más parecía un exorcismo de la magia primitiva para calmar la mala conciencia. Había que exorcizar el espíritu del Libertador para que no nos persiguiera y nos castigara, en lo hondo de nosotros mismos, por nuestra vacilante fe de renegados.

No eran sólo los hombres de 1830 los que lo habían desconocido y arrojado de su tierra, éramos todos los que hallamos, en más de una ocasión, más fácil invocarlo sin servirlo, y rememorarlo en el más completo desacato de su significación profunda.

Para todo venezolano acercarse a Bolívar es hacer un desgarrador examen de conciencia. Lo que él hizo fue pautar una conducta y establecer una obligación frente a la cual no sólo tenemos que sentirnos deficientes, sino hasta desleales.

Bolívar no es un héroe del pasado, confinado dentro de un limitado tiempo histórico. Es el hombre solar que convoca la creación de un nuevo mundo. No se limitaba su empresa a arrancar América del imperio español, sino que iba mucho más allá y penetraba en la infinitud del futuro. Para el apogeo de su gloria incomparable pueden bastar las grandes victorias libertadoras de pueblos enteros, con eso sólo tendría una de las páginas más esplendorosas de la historia de la humanidad, pero todo eso no era para él sino el paso previo indispensable. No se había lanzado a aquella temeraria empresa para poner en los palacios de los Virreyes a

los jefes de las nuevas montoneras. Para él la Independencia no era sino la condición necesaria para realizar plenamente la gran empresa bolivariana. No pensaba en darle una "patriecita" a los lugareños dispersos en la inmensa geografía, para que saciaran sus ansias reprimidas de mando, sus vanidades folklóricas, sus transitorios ensayos de satrapía o de república ideal, sino para que la América suya se organizara, desde la Sierra Madre hasta la Patagonia, en un cuerpo de integración poderoso que la presentara ante el mundo como él la había concebido en sus horas visionarias de Jamaica y de Angostura: "Volando por entre las próximas edades mi imaginación se fija en los siglos futuros y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiendo sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos, que la naturaleza había separado y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana: ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro: ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo: ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la Libertad, empuñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno".

¿Era él quien se equivocaba al dar esa dimensión universal a nuestro destino, o hemos sido nosotros, afligidos de estrechez de miras, los que hemos perdido el sentido del rumbo que él nos trazara? Ciertamente, mengua es nuestra y no de él. La grandeza nunca puede ser culpable.

Ese ha sido el trágico mal entendido de no haber sabido verlo sino en la leyenda, sin penetrar en el sentido de legado viviente y de obligación suprema que nos ha dejado irrenunciablemente el hecho trascendente de que naciera y floreciera entre nosotros Simón Bolívar. No puede ser un don gratuito y hasta superfluo, sino obligación de vida que nos ata y nos conmina a una actitud y a una conducta.

No terminó en San Pedro Alejandrino el hombre excelso, está aquí, sigue entre nosotros a cada hora de nuestra agitada y divagante existencia, luchando, como lo hizo siempre, para que lo entendamos, lo sigamos y hagamos de esta tierra lo que él quería que fuera: patria de libertad y de justicia, hogar de armonía y de progreso, palenque de nobles ideas y República sólida y creadora según su fórmula impercedera: "hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados, constituyen las Repúblicas".

Siempre tuvimos los venezolanos de la posteridad del grande hombre el sentido de un descenso, de una caída, de una mengua. Basta leer los clamores que los hombres de pensamiento de nuestro siglo XIX dejaron como quemante testimonio de su sentimiento de aquella frustración colectiva. Desde Juan Vicente González, que creía haber visto enterrar al último venezolano, hasta José Rafael Pocaterra, que medía con dolor e indignación aquella centuria que le parecía de barba-

rie y decadencia, se repite como un redoble de funerals el eco del contraste del presente mezquino y el pasado esplendoroso. Hasta los caudillos de la revuelta armada no lograban escapar de aquella sensación de grandeza perdida y ponían en las banderolas de sus insurrecciones aquellas palabras tan significativas de una nostalgia tenaz: regeneración, restauración, rehabilitación.

Sentíamos angustiosamente que habíamos venido a menos, que habíamos equivocado el camino, que habíamos perdido el sentido precioso de la unidad y de los fines superiores de la sociedad.

No había ya anti-bolivarianismo en el sentido militante y negador que tuvo cuando se desintegró la Gran Colombia. ¿Pero qué clase de bolivarianismo vino a prevalecer? Principalmente el de la retórica patriota y el de la evocación del pasado en segura lejanía. Era como una resistencia sorda a traer a Bolívar de nuevo a la lucha del presente. No queríamos ponernos ante el dilema definidor de estar con él o estar contra él, de trasladar a términos de presente y futuro su mensaje vital o de relegarlo al museo y al monumento. En la obra de Bolívar, que apenas logra iniciar en su corto tiempo, hay mucho que pertenece al pasado y que resultaría quijotesco querer actualizar pero, en cambio, hay otra parte fundamental que conserva su validez para nosotros. Lo bolivariano sigue siendo la concepción de una democracia ajustada a nuestra realidad histórica y social, de una centralización de los recursos para alcanzar los fines fundamentales de la asociación, de una moral de servicio público y del reconocimiento de un objetivo nacional superior al cual deben tender todos los esfuerzos y los recursos. Para nadie que conozca, aunque sea superficialmente, su pensamiento y su lucha puede ser difícil imaginar lo que el Libertador haría o diría ante las cuestiones que se plantean en nuestro presente. Podemos imaginar muy bien lo que defendería y lo que combatiría. De hecho lo ha estado haciendo hora por hora a lo largo de nuestra evolución nacional y no podemos dudar, ni un momento, de lo que pensaría de muchas de nuestras cosas, no a la luz añeja de ideas y conceptos de otra época, sino en la vigencia permanente de una moral pública irreprochable, de una finalidad de hacer nación para el bien con justicia y de hacer de todos ciudadanos, no sólo por el derecho otorgado, sino por el esfuerzo contribuido al progreso común.

Mudamente, las más de las veces, brotaba un sentimiento de contrición, como si nos dijéramos: "No era esto lo que Bolívar hubiera querido", que era el reclamo inextinguible a reemprender el duro camino de grandeza y de esfuerzo que había sido el suyo. Podríamos señalar aquellas capillas de fieles iluminados que lo invocaban en medio del descamino y la cerrazón de las circunstancias.

Bajo la larga dictadura de Gómez, que cierra una dura época, se preparan alámigos de esperanzas, esbozos de acción y planes de renovación. Ante la escasez de recursos y las dificultades y riesgos de la hora, una legión extensa y promisoría toma a su cargo la tarea iluminada de encaminar al país hacia la democracia y la plenitud de su destino. Una voluntad abnegada de alcanzar las metas tantas veces olvidadas y negadas, sin caer en los errores y vicios del pasado. Era el alba tan esperada de una democracia pobre y austera, pero movida por las más nobles ambiciones.

Una nueva fatalidad iba a surgir en el promisor camino. No eran ya sólo las fallas humanas y las estrecheces históricas con las que tuvo que luchar Bolívar, sino un hecho natural de dimensión sobrehumana y de ilimitado poder distorsionador. La riqueza petrolera comenzó a crecer y a marcar su presencia en la vida venezolana planteando alternativas, desafíos y riesgos de los que no habíamos tenido ninguna experiencia en el pasado.

Un país que no habíamos podido prever, ni mucho menos proyectar, reemplazaba con avasallador empuje la vieja nación histórica. Todo iba a cambiar y a alterarse sin medida ni concierto ante nuestros ojos asombrados. Un torrente ciego de riqueza iba a desbordarse sobre nuestra tierra y nuestra gente saltando diques, borrando linderos, arrastrando conceptos y valores, creando una vida febril y agitada y transformando todo el paisaje humano. Escapaba a nuestra capacidad de medir y comprender aquel avasallador surgimiento y despliegue de riqueza incontrolable no producida por nuestro esfuerzo, no ganada por nuestro trabajo, no dirigida por nuestra voluntad.

Surgía ante nosotros un país extraño al que nos costaba trabajo reconocer. El Estado se convertía en el pródigo repartidor de astronómicas sumas de dinero para las que no podíamos tener ni medida ni parangón. Hemos llegado a gastar del fisco en un día, lo que la Venezuela de hace una generación gastaba en un año, a gastar en una escala que ni la riqueza petrolera misma puede soportar y a acumular una deuda gigantesca que en la misma medida en que crece disminuye ineludiblemente nuestra independencia real.

El accidente geológico que no hemos sabido dominar y poner al servicio de nuestra voluntad de crecimiento sano amenaza nuestra identidad de pueblo y nuestro destino.

La ola de petróleo parece borrar la herencia de Bolívar. Nos aleja y nos enajena de él. Porque nadie que no esté obnubilado de cómplice complacencia puede admitir que pertenezca a su gente la avalancha de logreros, buscones, pícaros de toda laya que ha irrumpido en nuestro presente. Nada tienen que ver con él, con el hombre del sacrificio y del desprendimiento sin límites, los afanados de la riqueza fácil, los perseguidores del dinero azariento y mal habido, los de la ostentación escandalosa de una riqueza sin dignidad, los de la maniobra ilícita y la apropiación indebida, la burocracia sin tarea, los doctores sin ciencia, los privilegiados del ocio remunerado, los jubilados de cincuenta años, los bachilleres de 12 puntos, los repitientes, los maestros sin enseñanza, los que reciben préstamos y subsidios del Estado para no pagarle ni retribuirle en trabajo, los reposeros, los vivos, y todas las infrahumanas larvas que proliferan en la podre de la corrupción.

Todos esos no están con él, sino contra él, y no tienen el derecho de invocarlo, sino por irrisión. Hubo una gesta bolivariana, la historia la recoge con asombro, y hoy deberíamos tener el empeño de continuarla en nuestra hora, en nuestras circunstancias y con nuestra decisión. No podemos convertirnos en los seguidores de Midas y en los adoradores de Mammón sin renunciar a él, que nunca fue el hombre del engaño, ni del atajo, ni de la simulación de la virtud.

Depongamos la pequeñez y la menuda ambición, echemos de nuestro lado a los logreros, a los traficantes, a los parásitos del facilismo y partamos al reencuentro de Bolívar. No permitamos que el accidente geológico del petróleo nos cambie y desvíe hasta el punto de convertirlo a él en un remoto accidente histórico.

Volvamos a la desnuda alcoba de San Pedro Alejandrino, que debía ser el punto de partida de nuestra conciencia de pueblo, para traerlo de nuevo en medio de nosotros, para oírlo, acatarlo y seguirlo en la grande y no acabada empresa a la que nos ha estado invitando tercamente desde su angustia sin tregua. Quitémonos los crespones del luto, empuñemos con alegría vital las herramientas del trabajo creador y hagámosle “un duelo de labores y esperanzas”. Las grandes fechas del esfuerzo de hacer patria no deberíamos celebrarlas en el ocio y en el holgorio, sino trabajando con acrecido empeño para corresponder en algo a los que tanto nos dieron.

Partamos al encuentro de Bolívar para que, puesto a nuestra cabeza, nos guíe y conduzca por entre el laberinto de asechanzas y riesgos que amenazan nuestro porvenir de nación.

Venezuela no puede ser un capítulo transitorio de la leyenda de la riqueza petrolera en el mundo, sino la realización plenaria de la obligación que contrajo irrevocablemente con el destino el día en que floreció de su gente Simón Bolívar.

Así de grande y de ineludible es el compromiso de honor que adquirimos todos el día de nacer venezolanos.

Altos Magistrados Constitucionales de la República.

Ciudadanos Senadores.

Ciudadanos Diputados.

A las puertas de la Soberanía Nacional está el Libertador. ¡No lo hagamos esperar!